La Voz de la Afición

Número 65 / junio de 2026

Boletín de la Asociación El Toro de Madrid,
inscrita en el Registro Nacional de Asociaciones con el nº 160.852
Sede Social: Bar-Restaurante Puerta Grande, C/Pedro Heredia, 23 • 28028
Tirada: 4.000 ejemplares de distribución gratuita

E D I T O R I A L

El palco a la deriva

SE vanagloriaba la empresa ante el aumento de abonados tras la última renovación en San Isidro anunciando que se habían superado los 18 500 abonos y en 2022, para que se hagan una idea, éramos poco más de 14 000. Hay que puntualizar al respecto que en 2022 no se regalaban 2800 abonos, cosa que ahora sí sucede, lo que significa que si restamos los abonos que se han regalado a esos 18 500, se han renovado pasando por caja para este San Isidro unos 15 700. Profundizando un poco más, si las cuentas de la vieja no nos fallan, el abono de los que pasan por taquilla ha incrementado su número en 1700 en estos últimos cuatro años. No nos parece una cifra como para tirar cohetes, y eso que la nefasta política de precios que han permitido los "representantes del pueblo" en la Comunidad de Madrid incita a comprar un abono a nada que uno quiera ir a los toros varias tardes.

Nos dirán que los abonos son los que son y no hay que buscar tres pies al gato y nosotros respondemos que las cifras y, sobre todo, los detalles que les rodean, hay que ponerlos encima de la mesa. Luego se cuelga el cartel de "no hay billetes" y vemos que gran parte de ese abono gratuito no ocupa su localidad y las andanadas están medio vacías los días de reventón. Es algo habitual desde que se adoptó esta medida, consecuencia de dar un abono gratis reduciendo su significación a cero.

No piensen que desde nuestra Asociación vamos a reprochar o no nos alegramos de que el número de abonados crezca, todo lo contrario, la teoría y la experiencia nos dice que, a mayor número de fieles, mayor conocimiento, criterio y mesura por parte de los tendidos, es pura lógica. Pero esto no es así, el abono no ha crecido tanto como parece, como hemos probado y, por otra parte, llevamos años en los que se está "cocinando" un público muy distinto al que hemos conocido en Las Ventas en los últimos treinta años, por no irnos más lejos. Solo tienen

Foto: Raúl Cancio

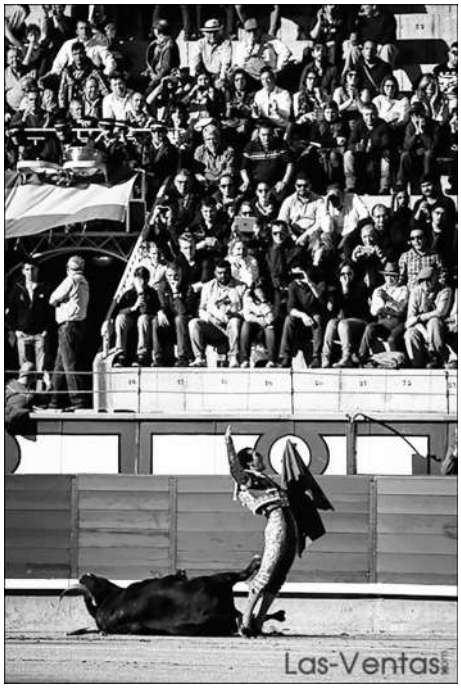
J. A. Campuzano, 3 de junio de 1990

(Sigue en la página 2)

que mirar el cartel de San Isidro cuando accedan a un festejo y reflexionar un poco.

El problema no es solo del público, de la transformación de este, o de cómo es pastoreado por la empresa y los medios apesebrados; temas en los que hemos venido profundizando y en el que continuamos ahondando en este número. El problema fundamental viene cuando tenemos un equipo presidencial —salvo excepciones— desnortado, incapaz de cumplir con el criterio, el rigor y la tradición que exige el palco de Las Ventas.

Estamos tocando fondo esta feria, en el momento de cerrar esta publicación hemos visto como en una novillada del Conde de Mayalde se ha sacado el pañuelo azul de vuelta al ruedo a un animal que salió claramente suelto del segundo encuentro con el picador, comportamiento muy similar al toro de Cuvillo, que fue manso en varas, y también recibió honores de vuelta al ruedo. Además de estos, tuvo el mismo premio un gran ejemplar de Victoriano del Río jugado el pasado 22 de mayo, cuyo comportamiento en el caballo no se pudo dilucidar. En todos ellos faltó esa tercera vara clarificadora ya que los dos puyazos que tomaron no fueron netamente en bravo, y no cumplieron con lo preceptuado en el artículo 82.3 del Reglamento, para el que no lo conozca: *El Presidente, a petición mayoritaria del público, podrá ordenar, mediante la exhibición del pañuelo azul, la vuelta al ruedo de la res que* ***por su excepcional bravura durante la lidia*** *sea merecedora de ello.* En este sentido, recomendamos una lectura atenta del artículo que nos brinda en este boletín nuestro socio Alberto Palacios.



Morenito de Aranda tumbando al primero de la tarde, 27 de marzo de 2016

Es decir, tres animales de pañuelo azul en solo la mitad del transcurso de feria cuando en Las Ventas este acontecimiento siempre fue un premio excepcional. Es indignante, nos hemos desgañitado pidiendo vueltas al ruedo a animales encastadísimos y los presidentes hicieron oídos sordos, qué sucede ahora, ¿salen bravos de vuelta al ruedo en Madrid todos los días? No puede ser, si se normaliza conceder premios excepcionales en Las Ventas lo meritorio, lo verdaderamente valioso, deja de tener valor.

Lo mismo sucede con la concesión de trofeos a los espadas, los usías están ignorando que en Madrid siempre se ha considerado primordial la ejecución y la colocación de la estocada para la concesión de esa segunda oreja. No es solo la tradición, lo preceptúa el Reglamento taurino en su artículo 82.2. La impresión que nos queda es que en líneas generales los presidentes actuales no conocen la plaza y les faltan muchas horas de piedra colmenareña en el tendido. Lo vemos en infinidad de detalles, por ejemplo cuando conceden una oreja con peticiones escasas tras la primera faena del espada —estocada baja incluida— y se complican la vida de cara al segundo toro, lo que desemboca en puertas grandes inmerecidas que le quitan categoría a nuestra plaza, contrarían a los aficionados y a los toreros no les revaloriza. En Madrid no faltan pañuelos, lo que falta es capacidad de discernir una petición mayoritaria de otra que puede desembocar en bronca.

Con este rumbo los presidentes están encaminando a la plaza a una deriva deleznable, la misma deriva que el resto de plazas del país donde los taurinos campan a sus anchas, donde no se aquilatan los méritos y el valor de los trofeos es igual a cero. Esto supone que Madrid deje de ser esa plaza de referencia donde el torero en el ostracismo podía relanzar su carrera o el ganadero humilde podía hacer historia, por sus propios méritos. Ya no se

imparte justicia en Las Ventas y su lugar lo va a ocupar el sistema con sus *utes,* sus empresas monopolios y demás argucias. Si no hay un palco presidencial con criterio y rigor entregamos la batuta de la tauromaquia a los tejemanejes, los intereses y los poderes del *establishment* taurino, los primeros perjudicados son los toreros y los ganaderos que se verán completamente sometidos a ellos y no tendrán siquiera una sola plaza capaz de catapultar su carrera. Además, y esto es muy importante, un palco presidencial con rigor es parte fundamental para que ese público neófito aprenda los usos y costumbres de nuestra plaza.

No solo hay que darle una vuelta al tema de los presidentes, los asesores que tenemos en el palco, su proceder y sus méritos para ocupar esos puestos nos están generando rechazo y deben ser revisados. Estamos observando —la televisión es muy útil para esto— como incitan a los presidentes a tomar decisiones a todas luces erróneas, instigando por ejemplo para que saquen el pañuelo azul con toros claramente mansos en varas. Téngase en cuenta que sus honorarios provienen de la empresa —artículo 41.5—, lo cual no genera confianza.

En todo caso, exigimos que la autoridad que ejerce el arbitrio de una corrida de toros, así como sus asesores, dispongan de la preparación, los conocimientos, la determinación y la ecuanimidad necesaria para ejercer este desempeño. Estamos viendo que esto no es así y que el palco de Las Ventas está transmutando en el de Benidorm, y no estamos dispuestos a consentirlo. Seguiremos luchando por nuestra querida plaza de Madrid.

Hablando de luchar por nuestra plaza, una petición reiterada en los últimos años es el de la publicación de las actas de reconocimiento, de los toros y de los caballos. Pedimos que se pesen los caballos habitualmente, que este procedimiento sea público o al menos goce de unas garantías, y que los equinos salgan al ruedo cumpliendo con la legalidad que marca el Reglamento, en pro de un tercio de varas equilibrado que favorezca el espectáculo. Se ha conseguido que publiquen el pesaje de los caballos pero todavía hay muchas lagunas: no hay forma de relacionar los caballos que se anuncian con los que torean por la tarde, no tenemos garantías de que todos esos caballos que se relacionan sean pesados el mismo día porque el patio de caballos no dispone de báscula de pesaje, no sabemos qué caballos son rechazados porque no se publican las actas... en fin, no comprendemos por qué tiene que haber tanto oscurantismo en la otrora primera plaza del mundo.

Tratamos también de manera especial en este número el tema de la muerte. En tiempos posmodernos, sensibleros y superfluos hay que recordar y poner de manifiesto la verdad y la autenticidad de la fiesta, que pasa inexorablemente por el rito de vida y muerte. El sentido nuclear de la lidia, su realización, se confirma con la estocada final, la muerte del toro. Sin esa estocada final la lidia no puede materializarse, estaríamos hablando de otra cosa; el sentido de la lidia, los dos tercios iniciales y la faena postrera tienen como fin preparar al toro para ese momento final. Por eso, cuando vienen algunos aficionados posmodernos con los cantos de sirena del indulto los aficionados integristas se revuelven, porque le arrebatas a la corrida todo su sentido, impides su consecución, el rito queda abruptamente inconcluso. Del mismo modo el torero pone en juego su bien más preciado: la vida. Y es ahí donde reside la legitimidad y la ética de la tauromaquia, el torero ofrece su integridad a cambio.

Es así. La estética y la solemnidad que rodea a la muerte de un toro bravo en la plaza, cuando es respetado por los peones y la suerte se hace como debe, no tiene parangón. En la excelente pieza que firma nuestra vicepresidenta Rebeca Fuentes pueden profundizar más en este tema.

Les dejamos con un número más de *La Voz de la Afición*, garantía de independencia y de calidad y, si no nos creen, pasen y lean.

@ATorodeMadrid **ATorodeMadrid**

La Voz de la Afición

Órgano de expresión de la Asociación EL TORO de Madrid
Sede Social: Bar-Restaurante Puerta Grande, C/Pedro Heredia,23 • 28028

Junta directiva:
La Junta directiva de la Asociación EL TORO de Madrid, elegida en la Asamblea Extraordinaria celebrada el **25 de enero de 2025,** está formada actualmente por las siguientes personas:

Presidente: D. Carlos Rodríguez-Villa Rey • **Vicepresidenta:** Dª. Rebeca Fuentes Arcos • **Secretario:** D. Alberto Herrero González
Tesorero: D. David Castuera Obregón • **Vocales:** D. Alejandro Agustín Hurtado, D. Adrián Blázquez García, D. Luis Blázquez González, D. Pedro Ángel del Cerro Molina, D. Felipe Garrido García y D. Alberto González Ramirez

Internet:
E-mail: asociacioneltorodemadrid@hotmail.com • URL: http//www.eltoro.org/
Twitter: @ATorodeMadrid • Facebook: ATorodeMadrid
Teléfono: 643 131 165

El presente Boletín es gratuito y sus informaciones pueden ser reproducidas por cualquier medio, siempre que se notifique por escrito a la Asociación Editora, la cual no se responsabiliza del contenido de los artículos o noticias que van firmados.

Copyright © 1996-02, Asociación El TORO de Madrid, Depósito Legal: 10.678-1996
Diseño e impresión: Método Gráfico S.L. • Albasanz, 14 bis - planta 1.ª nave a • 28037 Madrid

¡Viva la muerte!

El sentido de la suerte suprema frente a la cursilería contemporánea

Titular un artículo para nuestro boletín, *La Voz de la Afición*, con el grito «¡Viva la muerte!» puede parecer, a primera vista, una provocación o una excentricidad de mal gusto. Resulta bastante irónico que en una sociedad que consume violencia a diario a través de las pantallas, pero que esconde los tanatorios en las afueras de las ciudades, se eche las manos a la cabeza ante esa palabra. La ironía es todavía mayor si pensamos que este lema, históricamente asociado a tiempos oscuros, en la plaza de toros significa todo lo contrario: es la reivindicación de la vida en toda su pureza, una existencia que se exalta precisamente porque se juega a una sola carta.

José Bergamín lo dejó escrito con una claridad deslumbrante en sus versos:

> Ni el torero mata al toro,
> ni el toro mata al torero;
> los dos se juegan su vida
> al mismo azaroso juego.

En estas líneas se resume la verdad de la Fiesta. No estamos ante un espectáculo cruel y gratuito, sino ante un encuentro serio y de tú a tú, donde la balanza de la vida equilibra las fuerzas del hombre y del animal. Pero para que este juego tenga sentido e integridad, exige llegar hasta el final. La muerte del toro no es un accidente desagradable ni un trámite que podamos saltarnos para no herir sensibilidades; es la culminación lógica y el broche de oro de la lidia.

En los últimos años, los aficionados asistimos con sorpresa a una preocupante proliferación de indultos. Parece que en cuanto un toro embiste con fijeza y repite ovinamente en la muleta el público saca los pañuelos pidiendo el perdón de la vida. Bajo una falsa capa de ecologismo o de sensibilidad de «todo a cien», lo que se está haciendo, en realidad, es desvirtuar la Fiesta. Bergamín también nos advirtió sobre esto:

> No trafiquéis con su alma.
> No le perdonéis la vida
> al toro bravo en la plaza.
> Que es humana cobardía
> robarle al toro su muerte
> «a solas con su agonía».

El toro bravo no se cría para vivir en un zoológico ni para pastar plácidamente hasta la vejez; se cría para combatir y para morir en la plaza demostrando su casta. Cuando se le indulta de forma alegre y desmedida —muchas veces por intereses comerciales de las ganaderías o por el triunfalismo de un público festivalero— se comete una injusticia contra el propio animal. Es ahí donde caemos en la «humana cobardía». El hombre moderno, incapaz de mirar a la finitud a los ojos, prefiere salvar al toro para aliviar su propia conciencia. Pero al «robarle su muerte», le robamos también su dignidad. El perdón de la vida en el ruedo debe ser una excepción ganadera absoluta para sementales indiscutibles, no un recurso habitual que evite el trance de estoquear.

El toro bravo merece que se respete su entrega y su agonía. Si su muerte es digna, bonita y solemne, debe mostrarse con la misma naturalidad y categoría que un natural o una larga cambiada

Al toro en la plaza se le prepara para morir y toda la lidia tiene como único objetivo la suerte de matar. Si quitamos la estocada, toda la tauromaquia se viene abajo y se convierte en un simulacro. La suerte suprema es el momento de la verdad absoluta, el instante en que el torero tiene que meterse entre los pitones, volcarse sobre el animal y exponer su propio pecho para meter la espada en las agujas. Ahí no valen los trucos ni las ventajas.

Entrar a matar es el acto de mayor generosidad y respeto que el torero puede ofrecer a su oponente; no es un mero fin técnico, es una entrega mutua. Al volcarse sobre la cuna del toro, el matador acepta perder de vista los pitones por un segundo a cambio de regalarle al animal la muerte que se ha ganado: una muerte rápida, certera y con honor. La estocada en todo lo alto, cobrada con rectitud y sin aliviar el cuerpo es lo que consagra la bravura. El toro bravo que muere de una buena estocada, entregando su último aliento con las patas firmes en la arena y peleando hasta el final no es un animal derrotado ni humillado; es un combatiente soberbio que ha cumplido su destino. Robarle ese final con un pinchazo infame, un sartenazo o un indulto pueblerino es quitarle la dignidad que se ha ganado a sangre y fuego durante la lidia.

Esta dimensión profunda y sagrada de la muerte en el ruedo se entiende a la perfección cuando acudimos al imaginario de esa obra maestra de Jaime de Armiñán que es *Juncal*. En la escena en la que Búfalo le limpia las botas al maestro en un bar, se produce un intercambio de palabras que clava la esencia de lo que defendemos. El viejo matador José Álvarez «Juncal», con esa autenticidad arrolladora que le dio Paco Rabal, afirma con total convencimiento: «La muerte del toro es... bonita». Es en ese instante cuando Búfalo levanta la mirada y, con una devoción casi mística que enmienda con respeto la palabra del torero, añade con rotundidad: «Es solemne».

Ese brevísimo diálogo encierra toda la filosofía de Bergamín. La muerte del toro posee una solemnidad litúrgica que exige respeto. Una faena maravillosa puede quedar en nada si el torero

pincha o si alivia el cuerpo a la hora de la verdad. La estocada es el examen final, el espejo donde se mira la autenticidad de todo lo que se ha hecho antes para alcanzar, precisamente, ese desenlace.

Frente a la verdad del ruedo, nos encontramos con la hipocresía de las realizaciones de televisión. En las retransmisiones actuales se ha impuesto la fea costumbre de esconder el momento final. En cuanto el torero cuadra al toro y se perfila, o cuando el animal dobla y llega el instante del descabello o la puntilla, las cámaras cambian de plano. Nos muestran la reacción del público en el tendido, un primer plano del torero secándose el sudor, por no hablar de los insistentes planos de gente guapa en las barreras —¿es que los feos no van a los toros?—.

Esta censura televisiva es un ataque directo a la Fiesta. Por un lado, trata al espectador como a un niño sin la madurez necesaria para ver la realidad. Por otro, pareciera que la realización pide perdón por la existencia de la agonía del toro, dándole la razón a quienes critican esta fiesta, como si el final de la lidia fuera algo vergonzoso que hubiese que ocultar debajo de la alfombra.

El toro bravo merece que se respete su entrega y su agonía. Si su muerte es digna, bonita y solemne, debe mostrarse con la misma naturalidad y categoría que un natural o una larga cambiada. No hay nada de lo que esconderse cuando se busca la pureza de la suerte.

Los aficionados no podemos defender los toros desde los complejos o intentando agradar a una mentalidad moderna que no entiende de ritos ni de raíces. Se da una paradoja preocupante: la misma sociedad que quiere «humanizar» la corrida quitándole la muerte, termina despojando al toro de su victoria más importante: la de morir peleando, «a solas con su agonía», frente a un hombre que también ha aceptado la posibilidad de caer esa tarde.

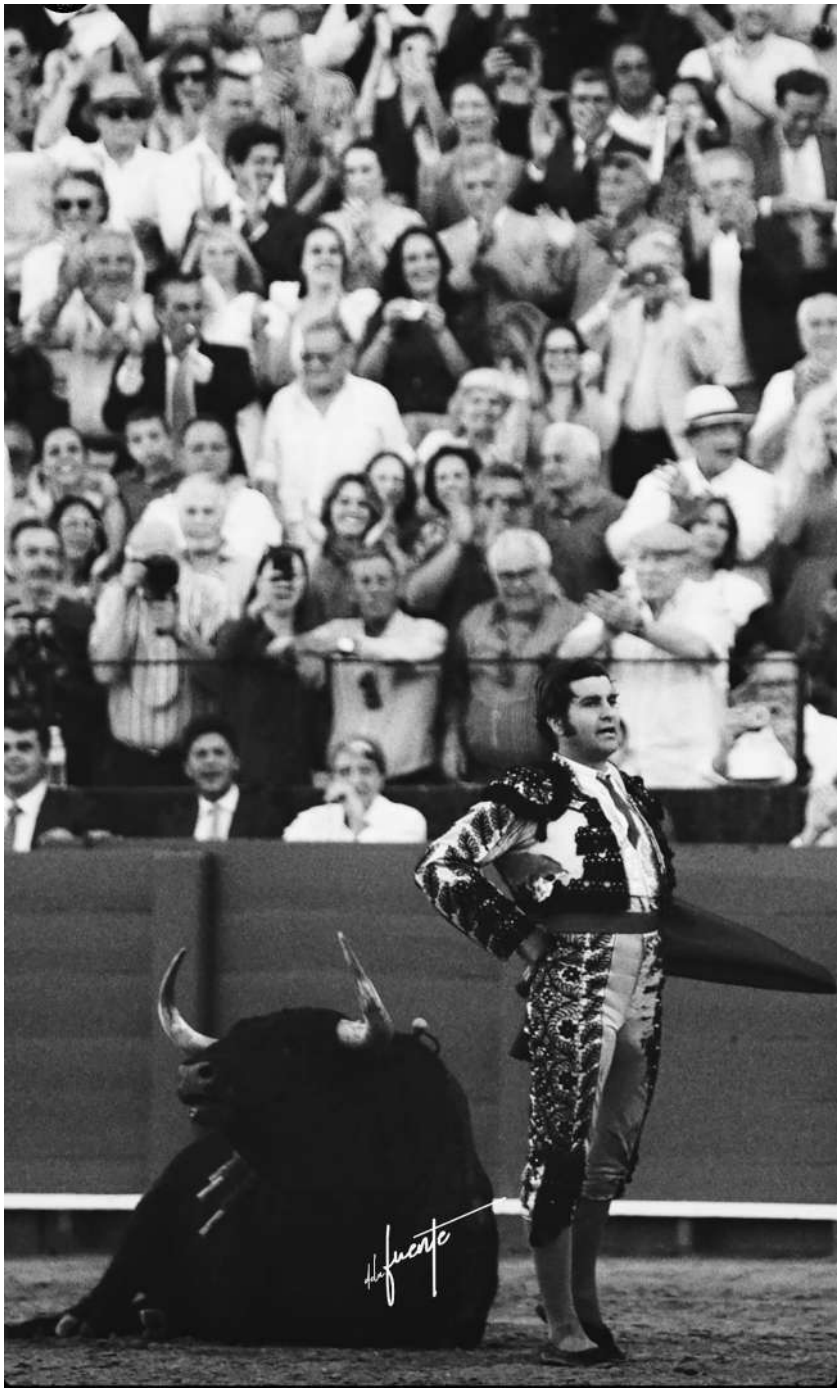


Foto: Sara de la Fuente

Morante tras culminar una faena grandiosa, Sevilla, 26 de abril de 2023

El indulto tiene que volver a ser la excepción de los toros de bandera y la suerte de matar tiene que recuperarse en toda su pureza y exigencia. Solo asumiendo la verdad del toreo y llevando con orgullo el peso de un título como «¡Viva la muerte!», podremos defender la Fiesta como lo que realmente es: el último reducto de autenticidad y de verdad que nos queda.

Rebeca Fuentes
Aficionada, vicepresidenta de la Asociación El Toro de Madrid

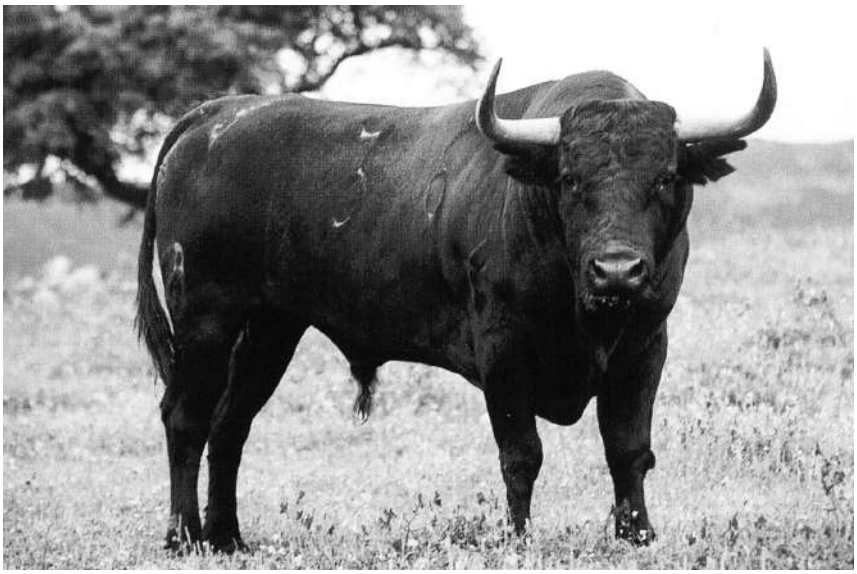
LOS AFICIONADOS NO PODEMOS DEFENDER LOS TOROS DESDE LOS COMPLEJOS O INTENTANDO AGRADAR A UNA MENTALIDAD MODERNA QUE NO ENTIENDE DE RITOS NI DE RAÍCES

Donde habita la verdadera bravura

El lenguaje taurómaco moderno pretende imponer términos para definir la bravura que adapten las características del toro de hoy a lo que el torero busca. Nobleza, profundidad, recorrido, temple, ritmo... Todo son eufemismos. Estas son cualidades describen una forma de embestir, mejor o peor. Y seguro que no son fáciles de seleccionar. Incluso la bravura en algunos casos será necesaria para conseguirlas.

Sin embargo, ninguna de ellas implica la cualidad de crecerse ante el castigo. Porque en la muleta se exige al animal, se le puede obligar, pero no hay castigo. Esto únicamente sucede durante el tercio de varas.

La respuesta al sentir la puya sobre el lomo del animal. Esa es la cuestión. Venirse arriba solo lo puede hacer el toro de lidia. Varias especies del reino animal pueden desarrollar los eufemismos comentados, pero ninguno refleja la bravura tal y como la definimos.



Típico ejemplar de M" Luisa Domínguez Pérez de Vargas, encaste Pedrajas. Toros excepcionalmente bravos en el caballo hoy desaparecidos

Resulta triste ver cómo se ningunea el tercio de varas en la inmensa mayoría de festejos lo cual provoca un profundo desconocimiento por el público más ocasional. Y lo que no se conoce no se exige. El neófito que hoy se asoma a un tenido, ¿cómo puede apreciar la inmensidad del primer tercio cuando en la práctica totalidad de las plazas de toros esto es un simulacro? ¿Verdaderamente necesita el toro de las figuras recibir un verdadero castigo en varas? Ni tienen el más mínimo interés en mostrar la condición de sus animales en el caballo ni estos necesitan ahormar una embestida que ya viene moldeada desde la finca.

Esta reflexión conduce inevitablemente a una conclusión: aquello que ni se enseña ni cumple una función acaba condenado a desaparecer. Y en este contexto cabe señalar la connivencia de la mayor parte de los ganaderos. Aquellos que deberían salvaguardar la esencia del toro bravo, claudican ante las exigencias de los toreros de hoy con el ánimo de que no dejen de matar sus corridas y condenan su selección a la prueba de la muleta olvidándose del corazón de la bravura.

Por eso, merecen todo nuestro reconocimiento ese grupo reducido de ganaderos que, a pesar de la corriente moderna, resisten criando animales para el aficionado y dan el sitio que merece al comportamiento en el caballo como prueba irrefutable de la bravura de sus vacadas.

La integridad del espectáculo no solo se basa en el animal, se basa en el respeto de la lidia en su máxima expresión. Significa ofrecer al espectador una lidia auténtica y transparente en la que se verifique las condiciones del animal en todos los tercios.

Y también habla de la integridad del espectáculo el equilibrio entre el caballo y el toro. La bravura es espíritu de lucha, pero si el caballo se convierte en un muro infranqueable, la pelea deja de medir bravura para medir impotencia. El toro debe percibir que existe combate y no una fortaleza imposible de quebrar.

Porque el espectáculo que supone ver un toro arrancarse de lejos al caballo no debe enmascarar la verdadera esencia del comportamiento del animal, que no es otro que su pelea debajo del peto. Empujar por derecho, recargar y crecerse ante el castigo son los verdaderos elementos que definen su excelencia.

Pero si la prueba del caballo define la bravura, esta no puede nunca considerarse plena sin llegar al tercer puyazo. Si el primer puyazo mide el ímpetu inicial del animal, su forma de acudir al cite, el segundo ya permite depurar el juicio. Ahí comienza a distinguirse si la acometida responde únicamente al ímpetu instintivo del primer encuentro o si existe una bravura sostenida, capaz de repetirse con fijeza y entrega pese al castigo recibido.

Es el tercero en el que el tercio de varas adquiere un carácter concluyente. Es la prueba definitiva de la autenticidad del toro: acudir una vez más al caballo después del desgaste físico revela no solo fuerza sino voluntad real de pelea. Cuando el animal verdaderamente supera el instinto que en cualquier especie le obligaría a huir y decide acometer a pesar de conocer ya las consecuencias de su encuentro con el caballo. Es este el momento en el que se separan los animales simplemente codiciosos de aquellos que poseen una bravura profunda y verdadera.

La obligatoriedad del tercer puyazo recupera el espíritu verdadero de la lidia, la prueba auténtica de bravura y el protagonismo del toro en el festejo. Y si esto provoca restarle veinte muletazos al tercio de muleta, gloria bendita.

Lo dijo Celestino Cuadri: "Es imprescindible que haya tres varas caiga quien caiga, aunque quien caiga sea el toro".

Alberto Palacios
Aficionado, miembro de El Toro de Madrid

Zaragoza sin toros

Cuando Carlos me propuso escribir un artículo, supuse que la intención era conocer qué narices pasaba con Zaragoza, con tanta noticia en invierno de pliegos y tribunales y ninguna noticia sobre la temporada maña.

Aunque ustedes no se lo crean, la respuesta es muy sencilla y no por eso tranquilizadora, todo lo contrario: la afición de Zaragoza está jodida porque la propietaria de la plaza, que no es otra que la Diputación Provincial de Zaragoza (DPZ), ha hecho un trabajo que nadie del PACMA lo hubiese hecho mejor.

Como esta revista es una revista para aficionados al toro, y lo que nos interesa es conocer las ganaderías que arrean en este momento y aquellas que, de vez en cuando, lidian algún toro bravo y no el toro domesticado de cada tarde (¡qué toro de carril han creado los ganaderos en el s. XXI!, ¿es eso bravura?, yo dudo: nula fiereza y mucha docilidad), debo advertir al lector que haya llegado hasta aquí, que le recomiendo saltarse el siguiente punto y evite el rollo que voy a soltar a continuación.

DPZ **CULPABLE**

En octubre del 2025 terminó el contrato anterior (hablaremos de ello más adelante) y durante el invierno tenía que licitarse el nuevo contrato. Los que ya tenemos unos años y hemos seguido licitaciones anteriores, sin tener ni puñetera idea de derecho administrativo, sabemos que, si el pliego lo publican antes del 5 de enero, no suele haber problemas para que se celebre la feria de San Jorge en abril. Ahora bien, si se publica pasado esa fecha, y teniendo en cuenta que es frecuente que las empresas que pierden la licitación recurran el contrato, la feria de San Jorge puede verse en peligro.

Este noviembre pasado varios aficionados se reunieron con la DPZ para presentar varias propuestas de la afición maña. En aquella fecha, la DPZ comunicó su intención de publicar el pliego en las primeras semanas de diciembre. Al final lo publicaron el 29 de enero. A todas luces era muy probable que, si alguna empresa recurría la licitación, la feria de San Jorge fuese casi imposible de celebrar. Y así ocurrió.

Siendo esto gravísimo lo peor vino después, cuando la DPZ, representada por su Presidente, comenzó una disputa jurídica contra otra Administración Pública (el Tribunal de Contratos Públicos de Aragón) judicializando la presente y ¡¡¡¡futuras!!! ferias taurinas, porque lo que está en juego es el tipo de contrato que debe regir la organización de festejos taurinos en la plaza de la Misericordia. Esta disputa entre funcionarios, que probablemente no esté resuelta en 2 años, debería haberse resuelto en una reunión, tomando un café o en un duelo al amanecer; ¡de cualquier manera antes que llevarlo a juicio y perjudicar gravemente a la afición!

Para salvar este embrollo que ellos solos han creado, y dado que en la DPZ no quieren dar su brazo a torcer, los "espabilados" de la DPZ han sacado la plaza de la Misericordia a subasta pura y dura para el año 2026 y 2027 (prorrogable otro año más), corriendo un gran peligro: puede presentarse cualquiera que tenga dinero, incluido el PACMA. Además, no fijan un número mínimo de festejos, así que puede haber 1, 10, 100 o ninguno. ¿cómo puede terminar la actual subasta? Pude salir medio bien o muy mal. El grave riesgo que se corre es totalmente innecesario.

AFICIONADOS **VS TAURINOS**

Por extraño que parezca, los taurinos en esta ocasión no son los culpables de la situación más reciente, aunque lo que hemos sufrido los últimos 4 años con la anterior empresa -Zúñiga padre- no se lo pueden imaginar. Zaragoza legalmente es una plaza de 1º, pero en la práctica, la nefasta gestión de Zúñiga padre durante los últimos 4 años ha hecho que pierda esa condición.

Principalmente porque el toro lidiado era de segunda. También tienen su parte de culpa los equipos veterinarios y la Presidencia que tragaron con muchas de las negligencias de la empresa. Faltó valor para suspender algún festejo. Es cierto que se requería valor para llegar a esa situación extrema, pero hubiera sido lo más conveniente para la afición y categoría de la plaza. Categoría que si no se ha perdido del todo ha sido gracias a un grupo numeroso de jóvenes aficionados que se sitúan en el tendido 5 y en la andanada de la plaza y a dos periodistas de los principales periódicos de la ciudad (Javier Clavero y Carmelo Moya) que denunciaron todas las tropelías cometidas por la empresa.

Había ilusión entre los jóvenes aficionados en recuperar parte de lo perdido con el nuevo pliego, creíamos que no se podía ir a peor, pero estamos en junio y no hay empresa. Y es una pena porque, como ocurre en otras plazas, ahora hay mucha juventud en los tendidos. Y en Zaragoza hay un grupo de chavales que son combativos, saben lo que quieren y sobre todo quieren una plaza de primera categoría. En el caso de que todo vaya bien, este año casi se puede dar por perdido porque dudo que se programe una feria en octubre. No espero más de 4 festejos. Y para el año que viene poco más. Así que salvo sorpresa los dos próximos años Zaragoza seguirá en su caída.

Ahora algunos sólo tenemos la esperanza de que el nuevo arrendamiento lo consiga la empresa de Madrid. Al menos veríamos lidiar algún sobrero de Madrid. Ya ven, esto es como el cuento del Conde Lucanor: siempre hay alguno más desdichado que tú que desea lo que tu desprecias.

Salud que no falte.

Juan Losilla
aficionado de Zaragoza

Fundas y fraude moral

Hay cuestiones en la tauromaquia que admiten matices, debates y distintas sensibilidades. Hay otras que no. La integridad del toro bravo pertenece, sin discusión posible, a este segundo grupo. No hablamos de un detalle accesorio, ni de una cuestión estética, ni de un simple asunto de manejo ganadero. Hablamos del fundamento moral, ético y material sobre el que se sostiene la verdad de la fiesta.

Porque la tauromaquia, antes que espectáculo, costumbre o celebración, es un rito fundado sobre una presencia: la del toro bravo. Todo nace de él y todo debe ordenarse a partir de él. Sin el toro íntegro, serio y respetado, la fiesta queda reducida a una representación vacía.

El toro comparece en la plaza con todo lo que es: su edad, su trapío, su seriedad, su poder, su bravura o su mansedumbre, su casta y también sus defensas. Los pitones no son un adorno ni un simple complemento anatómico: son arma, expresión natural y signo esencial del toro bravo. Forman parte inseparable de su ser, de su identidad y de su condición. Por eso, cualquier práctica que altere, condicione o interfiera en el desarrollo natural de las defensas debe ser observada con la máxima preocupación. Las fundas colocadas en los pitones no son una cuestión menor. No lo son desde el punto de vista técnico, pero mucho menos desde el punto de vista moral. Cuando se interviene sobre las defensas del toro, se toca uno de sus elementos esenciales. Y sin toro íntegro no hay verdad.

Durante demasiado tiempo se ha intentado presentar el uso de fundas como una práctica inocua, moderna o simplemente preventiva. Se dice que evitan lesiones, que facilitan el manejo, que preservan las astas o que reducen riesgos en el campo. Pero ninguna de esas explicaciones puede ocultar la cuestión de fondo: el toro no puede llegar a la plaza bajo la sospecha de haber sido condicionado precisamente en aquello que expresa con mayor claridad su poder. La tauromaquia no puede aceptar como normal que las defensas sean cubiertas o tuteladas durante meses mediante procedimientos que alteran la expresión propia del animal. El problema no es únicamente si el pitón se rompe o no se rompe, sino qué idea de toro estamos aceptando, qué concepto de autenticidad defendemos y qué límites morales permitimos traspasar en nombre de la comodidad, la rentabilidad o una supuesta modernidad ganadera. Ahí nace el fraude.

No necesariamente el fraude burdo o visible, sino otro más profundo: el fraude moral. El que consiste en alterar las condiciones naturales del toro y después presentarlo ante el aficionado como si nada hubiera ocurrido. El que convierte la integridad en apariencia. El que confunde la conservación artificial con la autenticidad. Porque el pitón no puede ser tratado como una pieza delicada de escaparate. El toro no es una figura de exposición. Es un animal de combate, criado para una lidia íntegra, y su seriedad no puede depender de mecanismos que desnaturalicen su expresión.

Las fundas introducen una lógica peligrosísima: la de intervenir para garantizar una apariencia. Y cuando la apariencia empieza a pesar más que la verdad, la fiesta se debilita desde dentro. Entonces ya no se trata de presentar al toro tal y como es, sino tal y como conviene que parezca. Ese es el camino más corto hacia la mentira.

El aficionado tiene derecho a exigir que el toro que comparece en la plaza sea íntegro en su edad, en su trapío, en su presencia, en su crianza y, por supuesto, en sus defensas. Precisamente por eso, cualquier práctica que aumente la sospecha sobre los pitones, aunque se disfrace de avance técnico o de necesidad ganadera, debe ser rechazada con claridad y contundencia.

No basta con decir que las fundas no modifican el pitón ni con afirmar que se retiran antes del embarque. La cuestión es mucho más seria: ¿puede considerarse plenamente íntegro un toro cuyas defensas han permanecido durante meses bajo protección artificial? Desde una mínima exigencia ética, y para quien sitúa el respeto al toro por encima de cualquier conveniencia, la respuesta solo puede ser negativa.

La integridad no puede reducirse a una comprobación final. No es únicamente lo que se ve el día del reconocimiento veterinario. Es también el proceso. Es la crianza. Es el respeto a la naturaleza del animal. Es permitir que el toro llegue a la plaza sin artificios, sin tutelas y sin mecanismos que condicionen aquello que debe ser expresión natural de su poder. Porque el toro no solo debe parecer íntegro el día de la corrida. Debe haberlo sido durante toda su vida.

Foto: Iván Duque

Toro de Montalvo enfundado, sin que el Reglamento taurino contemple regulación alguna sobre ello; fraude

Las fundas deben ser denunciadas con claridad. No caben medias tintas ni eufemismos. Representan una forma de intervención sobre las defensas del toro, una amenaza directa a la autenticidad de la lidia

Aficionados franceses en Ceret dejando clara su posición

Ahí reside la dimensión ética del problema. No se trata únicamente de discutir efectos técnicos, sino de saber si aceptamos que la verdad sea sustituida por una apariencia cuidadosamente conservada; si la tauromaquia está dispuesta a defender al toro como ser íntegro o si va a resignarse a convertirlo en un producto corregido para responder al mercado.

Quienes defienden las fundas suelen apoyarse en argumentos prácticos: evitar bajas, reducir daños entre animales o proteger inversiones. Pero la fiesta no puede regirse solo por criterios de comodidad, rentabilidad o gestión del riesgo. Si todo se subordina a la facilidad del manejo y a la conservación de la mercancía, dejamos de hablar del toro como eje de un rito y empezamos a hablar de un producto intervenido para satisfacer una demanda. También se argumenta que las fundas protegen frente a posibles roturas o desgastes de los pitones. Pero la rotura de un pitón, o su desgaste, siendo indeseables, forma parte de los riesgos naturales de la crianza. Lo que no puede hacerse es convertir ese riesgo en justificación para intervenir sobre la generalidad de los animales. La excepción no puede convertirse en norma. La prevención no puede transformarse en manipulación. Y el toro no es mercancía: es fundamento.

La grandeza de la tauromaquia nace precisamente de aceptar el riesgo, la incertidumbre y la naturaleza del animal. El toro no puede ser administrado hasta el punto de neutralizar lo que es. En la fiesta, la verdad no consiste en eliminar todos los riesgos, sino en asumirlos con dignidad.

Porque cuando todo se justifica por razones prácticas, acaba desapareciendo el límite moral. Hoy se protegen los pitones. Mañana se justificarán otras intervenciones. Siempre habrá un motivo técnico o económico. Pero la pregunta seguirá siendo la misma: ¿hasta dónde estamos dispuestos a tocar al toro antes de dejar de reconocerlo como tal?

La tauromaquia no se salva por adaptarse a cualquier precio. Se salva defendiendo aquello que la hace verdadera. Y lo primero que la hace verdadera es el toro. No el toro como imagen o reclamo, sino el toro íntegro, serio, respetado y respetable.

Por eso las fundas deben ser denunciadas con claridad. No caben medias tintas ni eufemismos. Representan una forma de intervención sobre las defensas del toro y, por tanto, una amenaza directa a la autenticidad de la lidia.

Y respetar al toro exige decir no.

No a las fundas.
No a la manipulación preventiva.
No a la apariencia de integridad.
No a convertir al toro en un producto corregido según las conveniencias del mercado.

Un toro con fundas no es simplemente un toro protegido. Es un toro intervenido. Un toro condicionado. Un toro sobre el que se ha actuado en una de sus señas esenciales de identidad.

Las fundas no son progreso.
Las fundas no son modernidad.
Las fundas no son una garantía de integridad.
Las fundas son una claudicación.

Y desde el punto de vista de la ética, del respeto debido al toro bravo y de la defensa irrenunciable de la verdad de la fiesta, las fundas son fraude.

Carlos Rodríguez-Villa Rey
Aficionado, presidente de la Asociación El Toro de Madrid

A las cinco de la tarde

Nada hay más preciso que el arte del toreo. Dice José Bergamín en *El arte de birlibirloque* que el toreo, «juego vivo de inteligencia», es «tan exclusivamente inteligente que el error más mínimo contra la exactitud en la ejecución de sus suertes le puede costar al lidiador la vida». En la primera edición de la *Tauromaquia o arte de torear*, aparece retratado *Pepe-Hillo* con el estoque en la diestra y sosteniendo un reloj de bolsillo en la izquierda, triunfador de un toro que yace muerto a sus pies. Si la espada representa la condición de matador que define al lidiador, el reloj alude a la precisión con la que este ha de conducirse en las suertes para cumplir su designio, y de forma señalada, en la bien llamada suerte suprema. Las «reglas fijas que jamás faltan» enunciadas en el tratado reflejan el espíritu de geometría que lo anima: el empeño de vencer a la suerte, entendida como azar, mediante la ejecución de la suerte, entendida esta vez como habilidad técnica u oficio, no exentos de lucimiento.

La «suerte», como se ve, es ambigua por naturaleza. Como ambigua es la naturaleza del toreo mismo, que se decide entre la vida y la muerte. La suerte bien ejecutada elude a la muerte. Pero eludiendo a la muerte, burlándola con ajustada precisión, con esa misma justeza la convoca. No existiría y ni siquiera sería pensable el arte del toreo sin este cara a cara con la muerte. En un doble sentido también.

Por un lado, aspecto esencial de la Fiesta, la muerte del toro. Sin la muerte del toro no hay rito. Precisamente porque el toro es el protagonista y el verdadero garante de la Fiesta es por lo que hay que darle (la) muerte. Quien no entienda esto pasará irremisiblemente a formar parte de la categoría de lo que Ignacio Sánchez Mejías denominó con sorna «nuevos sentimentales». En su conferencia «El pase de la muerte» nos recuerda Ignacio, matador *y* hombre de letras, que el nuevo sentimental, con su sensiblería (¡no sensibilidad!), olvida esta verdad elemental: «El toro es el peligro, la muerte. La muerte que nos rodea por todas partes, que nos busca o que nos espera, que nos acecha o nos viene al encuentro». Incluso el buen aficionado puede tener a veces la tentación de olvidar esta verdad, de consolarse con la falsa idea de que el respeto que el hombre debe al toro bravo consistiría en preservarlo de la muerte. Salvarlo, ay, de lo que constituye su magnífico destino (morir en el ruedo) fruto de un largo trabajo de la cultura. La muerte del toro (animal), muy al contrario, es necesaria para la preservación de la cultura (humana)... que comprende al toro de lidia.

Pero la muerte nos presenta también otra cara, sin la cual la muerte del toro sería algo inane, no un rito sagrado, sino una triste farsa. Esta otra cara es la que se resume en la frase «la hora de la verdad». Cuentan que *Cúchares*, brindando un toro al actor Julián Romea, le espetó diciendo: «Aquí se muere de verdad». El arte del toreo, en verdad, no es de mentirijillas. La burla no es un truco. Con el toro no valen ni trampa ni cartón. Justo porque el toro es la muerte, el matador sólo debe darle muerte poniendo en riesgo su propia vida. Y poniendo así de relieve la significación torera de la vida en general: de la del matador, por supuesto, pero asimismo, por analogía, de la de todos aquellos, aficionados y espectadores, que asistimos a su lucha con el toro, a su cara a cara con la muerte. Sólo de este modo se cumple el rito: la muerte de la muerte. En nombre del arte, del espíritu, de la vida. En este juego peligroso con la muerte, la muerte del matador sólo es percance, accidente, desencuentro fatal «a las cinco de la tarde».

Cuando El Fundi despachó un toro de Palha de una soberbia estocada, histórica

> **Sin la muerte del toro no hay rito. Precisamente porque el toro es el protagonista y el verdadero garante de la Fiesta es por lo que hay que darle (la) muerte. Quien no entienda esto pasará irremisiblemente a formar parte de la categoría de lo que Ignacio Sánchez Mejías denominó con sorna «nuevos sentimentales»**

Es esta la sangre mortal que Federico García Lorca, en su «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías», no quería ver. Es esta la muerte, ella sí, que el poeta quiere salvar en su canto. Para que la muerte no sea la última palabra. Porque no quiere que su amigo «se acostumbre con la muerte que lleva» ni que haya «muerto para siempre». La poesía, igual que el toreo, es «muerte de la muerte». Arte largo que milagrosamente supera la muerte haciéndose cargo de ella, puntualmente, sin faltar a la cita, en la hora de la verdad. Y así nos dice Ignacio en la mencionada conferencia: «El toreo es la ciencia de la vida: saber torear es saber vivir». Palabras que han de valer como legado de su persona y de su arte.

Alejandro del Río Herrmann
Editor, es abonado del Tendido 9

Morir en primavera

Hay una frase que me persigue hace tiempo: «El silencio, el rechazo absoluto a hablar, especialmente sobre los muertos, es un vacío que tarde o temprano la vida termina llenando por su cuenta con la verdad»[1]. No es mía, pero creo que refleja con precisión quirúrgica lo que sucede actualmente en el mundo de los toros. Y es que dos epidemias taurinas lo contaminan todo: son dos mentiras que se entrelazan, envueltas con verdades a medias, todo por ocultar la muerte y la sangre: una es la llegada del animalismo fomentado por los propios taurinos, y otra es la manipulación astuta de la historia y los hechos.

Lo que en su origen fue una pugna feroz entre hombre y toro se ha ido envileciendo, desvirtuando también, con el paso de los años. Entre otras razones, por la influencia humana en la crianza del toro (la alimentación, el manejo, la merma intencionada de sus fuerzas y defensas) y por las preferencias de unos públicos que se han ido sofisticando y seleccionando durante siglos. Así se ha llegado a esa sensibilidad condescendiente que hoy acapara el mundo de los toros, impulsado por una maquinaria —tan bien engrasada— semejante a la que utiliza el animalismo: nada de sangre, tapar la muerte, empatizar con el animal... y todo con la idea comercial de atraer más clientes a los tendidos que consuman y no molesten demasiado, con el afán de brindarles una experiencia bella. Toda esa eficiente ingeniería ya ha conseguido que se elimine alevosamente lo que da sentido a todo esto; en ningún reportaje, en ningún vídeo, verás la suerte suprema, el encuentro fatal, cuando lo más meritorio y peligroso es someter con arte la animalidad del toro, e intentar herirlo de muerte. En cuanto el matador (porque todo el fin último de ser torero es matar al toro) ejecuta la suerte por derecho, a continuación, la siguiente imagen que nos ofrecen las cámaras es un plano cualquiera, ya lejos del toro recién estoqueado, sin saber ni dónde ni cómo ha caído la espada. Al toro hay que poderle, y la sangre que se derrama es el pacto no escrito de una lucha que llega a ser mortal. Esto no es un juego de la PlayStation, donde puedes reiniciar la partida cada vez que te quedas sin vida. Es sabido que los portales evitan los tercios de varas, puntillazos, descabellos, toros que se tragan la muerte... Los encargados de las redes sociales suprimen de sus resúmenes dos de los tres tercios: el de varas y el de muerte con estoque, que es donde más explícita es la sangre. Los periodistas sólo hacen crónica del capote y de la muleta, como creyendo que van a acabar con la muerte si rehúyen su narración. Y esto desemboca en otro mensaje de vida amañado que es el indulto, el cual se vende como un premio para el toro, cuando es una salvación para el torero. Es un círculo tan vicioso que da vértigo pararse a pensarlo: como cada vez se mata peor, lo que se hace es muletear mucho, muchísimo, hasta que la masa cae rendida ante tanta sesión fotográfica, da tiempo a grabar vídeos y todo, entonces ese desenfreno en el público permite al torero no tener que entrar a matar, evitando así perder sus triunfos al tiempo que legitima el mensaje de vida, escondiendo con cobardía animalista la muerte del animal. Pero el indulto ya no es que el toro se ha ganado la vida con su bravura; lo que ha quedado es que el torero, sin honrar su condición de matador de toros, se ha ido de rositas. El indultado ha sido él.

1 Rothmann, R., *Morir en primavera*. Madrid, Libros del Asteroide, 2017.

Foto: Botán

Cristián Pérez, tarde a vida o muerte esta temporada con los toros de Dolores Aguirre

Todos los nuevos aficionados, incluso sin saberlo, han sido educados en la ocultación de la muerte, en negar la existencia del dolor, quizá también de la pena, incluso del sufrimiento de una especie que, debido a esa mano del hombre, ha sido criada y perfeccionada para una lucha adulterada, desnaturalizando sus rasgos animales hasta conseguir un sucedáneo hecho a la imagen y semejanza de los mandatos del hombre, y no al revés. Sabemos cómo huele la vida, cómo a veces decide por nosotros. Es la muerte lo que no sabemos explicar, quizá es que nuestra voluntad no tiene fuerzas suficientes para intentarlo. Yo mismo me he sorprendido alguna vez sobresaltado por una cogida, incluso girando la mirada para evitar la muerte. Pero enseguida me repongo, me sacudo el miedo y hago lo que buenamente puedo para asumir que mirar hacia otro lado no va a librarme de la muerte, ni la de los otros ni la mía.

Julio Cortázar afirmaba que confundimos lo actual con lo moderno, y puede que haya algo de eso: es imposible desmontar 250 años de ritualidad, de tratados inmortales y principios inco-

rruptibles, con una simple foto o un vídeo colgado en redes sociales. La tauromaquia es el único espectáculo en vivo que pierde todo su misterio cuando se graba o se retransmite. La magia de los toros no cabe en la fibra óptica. No puedes meter la muerte en un cable de un centímetro de grosor y que llegue por wifi a tu pantalla. Si encima eso lo editas con flamenquito de fondo y la opción de cámara lenta... No hay manera de manipular el temple, por poner un ejemplo, o el irreproducible pánico de la parca mirándote a los ojos; la muerte se huele, y eso no hay móvil que lo capture. Es tecnológicamente imposible guardar una emoción, tratar de congelar en unos píxeles un vuelco del corazón, un párpado húmedo, o el pecho que se queda sin aire... Es como querer secar el océano con una bayeta. El toreo es natural en toda su extensión. Natural es lo puro, lo que emana sin interferencias, sin manipulaciones, sin accesorios que lo rodeen. Si necesita de otros aspectos para que funcione, entonces no es natural. Hoy se graba mejor que nunca; no se guarda nada para recordar, se comparte todo para olvidar. Estamos todos tan preocupados en engordar nuestra vanidad que nos da más miedo ser olvidados que la propia muerte.

Pienso en todo esto el día después de la cogida de Morante en la Feria de Abril de Sevilla. No han pasado 48 horas del percance y ya se están batiendo récords de indecencia periodística, radiando al minuto todo lo que hace o deja de hacer el maestro en una habitación de hospital, con dos goteros y una bata de quirófano que le dejan (nunca mejor dicho) con el culo al aire. Con el morbo un peldaño por encima del decoro hemos conseguido hacer un espectáculo mediático de la convalecencia de un torero a las puertas de la muerte, pero no somos capaces de emitir por televisión ni siquiera de refilón el instante en el que un toro es vencido tras una estocada. Y eso, se ponga Zabala como se ponga, es también una forma de animalismo.

Óscar Escribano
Aficionado, miembro de la Asociación El Toro de Madrid

Feria de Sevilla 2026

Y de Sevilla se fue Ramón y llegó Garzón, y con él la ilusión. Pero, hete aquí, que nuestra emoción se esfumó en lo que se bebe un gorrión, que es unidad de medida jerezana y me viene al pelo ya que se ha tomado como patrón establecido en los corrales de la Maestranza durante la pasada Feria de Abril. Toro chico y copa larga.

Si traducimos todo esto a un lenguaje con una mínima estructura sintáctica, contaremos lo que ya todo el mundo sabe. José María Garzón ha tomado las riendas de la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla. La sorpresa por parte de la afición fue mayúscula, dado que Pagés, la empresa predecesora, comenzó su andadura allá por los tiempos en los que Niceto Alcalá Zamora y Manuel Azaña andaban con sus constantes cambios de silla (1932, para los estudiantes de la Ley Celaá). Una vez conocimos los carteles filtrados a la prensa se nos cayeron los palos del sombrajo, cual meme de la fugaz independencia catalana, asumiendo la pesada losa que acarrea éste nuestro sistema taurino del que, ríete tú de los chiquillos intercambiando *taurocromos* los domingos por la mañana en la plaza del Cabildo. Como si de unas monedas felizmente recuperadas del hueco del sofá, parece que don José María se hubiera encontrado en un cajón de las oficinas de la calle Adriano, los carteles confeccionados previamente por don Ramón.

La gran novedad de la feria ha sido, sin duda alguna, la reapertura de la Venta de Antequera tras casi cuarenta años. Unas magníficas instalaciones tanto para los animales como para los aficionados, donde se ha podido disfrutar de muchas de las corridas de la feria. Bien es cierto, que los diez euros por entrada se antojan algo desorbitados. Esperemos que sea un buen incentivo para la tan ansiada recuperación de la Venta del Batán.

Pero dejémonos de prolegómenos y vayamos a "lo negro", y nunca mejor dicho. Comenzamos este somero análisis de la feria por el toro. La empresa prometió que el toro de la feria iba a estar "un punto por encima" de la presentación de años anteriores y, como buen cristiano que es, no mintió don José María. Lo que no

Foto: Juan Romero, @jrompri

Los aficionados sevillanos pudieron ver las corridas de feria en la Venta de Antequera, ¿y Madrid?, ¿y la Venta del Batán? Seguimos esperando

especificó fue la plaza a la que se refería, porque el toro que ha prevalecido en Sevilla este año ha estado ese puntito por encima de plazas como Jerez (de los Caballeros) o incluso dos puntos por encima de una plaza de la categoría de Valencia (de Don Juan). No sólo nos referimos al escaso trapío de muchas corridas (salvo honrosas excepciones) sino a la incomprensible disparidad de hechuras, edades, condiciones morfológicas... que poco o nada tienen que ver con lo que se presupone tiene que ser la categoría de la Maestranza. El ya famoso quinto toro de Victorino Martín pagó el pato y la ira de los aficionados (muchos de ellos de Madrid, al ser sábado) pero la tónica general de la feria fue la misma. Llevamos años con el cuento del "toro guapo", pero Garcigrande, Fuente Ymbro, Santi Domecq, Álvaro Núñez, Domingo Hernández o Núñez del Cuvillo presentaron corridas feas, dispares y muy mal rematadas.

Aun así, muchos toros "sirvieron", porque por todos es sabido que Sevilla tiene los mejores camareros del mundo, desde Triana a Pino Montano, desde los bares donde va la gente a fotografiar platos y poner morritos (por eso en Sevilla ponen toda la comida tan caliente) hasta la última barra de barrio donde con una ligera mueca tienes una nueva cerveza fría en la mano. Esto del "servir" y los camareros ya lo decía el añorado *paleto de Galapagar* pero el dichoso neologismo se ha implantado casi a diario entre las crónicas que nadie tiene en cuenta. Cada vez salen más animales con una mansedumbre manifiesta en los tres tercios, en el límite de fuerzas, que acrecientan todos sus defectos en ruedos de diámetros como el de Madrid o Sevilla. Toros que, o bien "rompen" a perseguir el trapo en el último tercio como sonámbulos, teledirigidos por faenas hechas en línea recta y tiovivos interminables o bien nos brindan soporíferas faenas de homogeneidad y mediocridad sin un ápice de emoción.

Como no todo va a ser dar cera, diremos que algunos toros se salieron de esa dinámica bobalicona, como *Escogeperro,* de Fuente Ymbro, lidiado por Rafa Serna, *Tallista*, de Santi Domecq para Perera, *Midanito* y *Bolsillito* de Victorino para Borja Jiménez, *Clandestino* y *Sosito* de García Jiménez para Borja Jiménez (el primero tras el percance de Morante de la Puebla), *Secretario* de El Parralejo para David de Miranda, *Soleares* de Victoriano del Río para Roca Rey o *Lamparillo* de Miura para Román. A mi juicio, la sorpresa de la feria vino de la mano de la corrida de Matilla, toros inciertos, cambiantes, bravos, mansos, buenos y peores, con malas ideas y podidos tras la lidia. Lo que en definitiva buscamos en una plaza de toros, la emoción.

En cuanto al primer y segundo tercio, es preocupante ver cómo una inmensa mayoría de los actuantes pasa por la feria sin pena ni gloria. La brillantez no está reñida con la discreción, pero sí con tener una actuación discretísima, sin el más mínimo amor propio. Aún así destacamos en el primer tercio el magnífico puyazo a toro suelto que nos brindó Israel de Pedro, la brillante y regular feria que tuvo Manuel Jesús Ruiz Espartaco, Vicente González, Paco Félix y Francisco Romero. Menor suerte tuvimos en las bregas y banderillas. Por encima de todos, un inconmensurable Iván García, destacando también a los palos Marcos Prieto, Antonio Chacón, Juan Sierra y Curro Javier (felizmente reincorporado).

Y dirán ustedes, ¿cuándo se pone éste a hablar de los de luces? Pues toreros hay muchos, pero, pervirtiendo la célebre aserción de Rodríguez Buzón, como tú, ninguno. José Antonio Morante de la Puebla ha hecho el toreo como el resto del escalafón sólo puede permitirse imaginarlo. Fuera de toda fiebre de *morantería* cargante, pedante y coñazo, las actuaciones de Morante han continuado y mejorado todo lo que vivimos y disfrutamos el año pasado. Frescura, gracia, inspiración, majeza, no

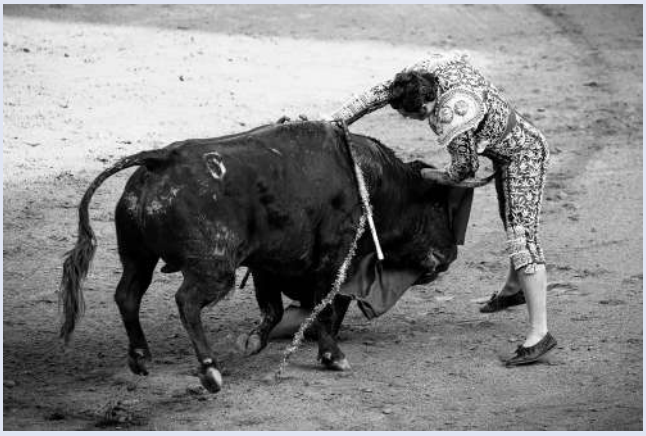


Foto: Juan Romero, @jrompri

Morante en Sevilla 2026, estocadas para esculpirse en mármol

yerma de una hondura, una colocación y una pureza que siguen provocando escalofríos con sólo recordarlo, aunque le duela reconocerlo a algún que otro "detractor". Las estocadas han sido para esculpirse en mármol.

Rematamos este repaso con otros nombres importantes de esta feria. Desconozco (y les doy mi palabra) el número de trofeos dados ya que se han convertido en una especie de competición cual *Tauro Fantasy* (maldita la hora que llegaste), aderezada por el absoluto descontrol del bebercio desenfrenado, y unos equipos presidenciales que están más pendientes de salir en las fotos de sociedad del "ABC" que de establecer unos criterios ecuánimes de rigor ante tanto público de aluvión y triunfalismo.

La ilusión de los jóvenes, Osornio o Norte, a los que, este encorsetado y podrido sistema de carteles cerrados en marzo, nos privan de poder volver a ver en todo el ciclo de novilladas. Víctor Hernández, Fabio Jiménez y Aarón Palacio, de los que esperamos que puedan empezar a aparecer en el sin fin de menús diarios provincianos con el estomagante "sopa de Manzanares" de primero y "patatas con ***ponga el que ud. quiera" de segundo. David de Miranda, que solventó airosamente sus tardes, aunque sigue sin correr la mano hasta vaciar las embestidas, o la honestidad y generosidad de Román. Borja Jiménez toreó por momentos formidablemente, mejor con el fiero y el cambiante toro de Matilla, que con el claro y el bravo toro de Victorino. Ojalá siga por la senda del toreo erguido, profundo, sin retorcimientos ni atragantones innecesarios. Su espada, una opereta.

Por último, indicar que hay un nuevo club de aficionados, cada vez más amplio, denominado "la plaza no se ha enterado de lo que ha hecho...". Está en su *prime*, que diría un chavea milenial, se lo aseguro, ya que cada vez hay más toreros que se agarran como un clavo ardiendo a ese socorrido flotador. Actuaciones discretas, sin estructura, sin argumento, justificadas con una serie de naturales, con una media por aquí o un remate por allá, sobre el que te están dando la matraca sus afanosos miembros. De este ramillete de toreros sale por méritos propios (esta feria) Pablo Aguado, realizando faenas más macizas que en años anteriores, no exentas de todo lo que ya conocemos de él. Llámenme loco, pero si hay algún amigo o familiar que lea esto, díganle que lo veo matando la de Miura en 2027.

Álvaro de Diego
Aficionado a los toros

La vuelta al ruedo y la falsificación de la bravura

Hay decisiones en una plaza de toros que no pertenecen solo al calor de una tarde ni al estado de ánimo de los tendidos. Hay decisiones que afectan directamente a la verdad de la lidia, a la seriedad de la plaza y al concepto mismo de lo que debe ser el toro bravo. Entre ellas, pocas resultan tan graves como premiar con la vuelta al ruedo a un animal que no ha sido bravo. Más aún cuando ha manifestado comportamientos incompatibles con la bravura que el reglamento, la ortodoxia, la tradición y la categoría de Madrid exigen.

La vuelta al ruedo al toro no es un gesto decorativo, ni una concesión sentimental, ni una manera de prolongar el entusiasmo de una faena. Es, o debería ser, el reconocimiento máximo a la bravura excepcional de un animal. Un premio reservado a aquellos toros que, por su trapío y seriedad, su comportamiento en todos los tercios, su excepcional pelea en varas, su fiereza, su casta, su fuerza y su entrega, han encarnado de manera sobresaliente el ideal del toro bravo.

Cuando ese premio se concede a un toro manso, descastado, desrazado o incompleto, no se comete solo un error de apreciación. Se altera el sentido mismo del premio. Se vacía de contenido una distinción que debería ser sagrada para la ganadería de bravo. Se confunde al público, se desorienta al aficionado y se traslada al campo bravo un mensaje peligroso: que la bravura ya no es imprescindible para alcanzar los honores de Madrid. Y eso, en la primera plaza del mundo, resulta inadmisible.

La vuelta al ruedo no es un gesto decorativo, ni una concesión sentimental, ni una manera de prolongar el entusiasmo de una faena. Es, o debería ser, el reconocimiento máximo a la bravura de un toro

Una vuelta al ruedo injusta no engrandece al toro: falsifica su historia.

Premiar con la vuelta al ruedo a un toro manso es, ante todo, una afrenta para el propio animal. Al toro no se le honra atribuyéndole una condición que no ha demostrado. No se le engrandece disfrazando de bravura lo que fue mansedumbre, movilidad sin entrega o simple colaboración en la muleta. Su verdadera dignidad está en juzgarlo conforme a su naturaleza y a su comportamiento real en la lidia. Si fue bravo, debe ser reconocido. Si fue manso, debe decirse. Si tuvo nobleza, recorrido o posibilidades para el torero, podrá valorarse en su justa medida; pero ninguna de esas cualidades sustituye a la bravura.

Foto: Andrew Moore

Toro Duplicado, de Victoriano del Río, tres puyazos en bravo y vuelta al ruedo sin discusión

La bravura se acredita en el conjunto de la lidia y, de manera muy especial, en el tercio de varas, que es donde el toro revela con mayor claridad su verdad. La suerte de varas no puede quedar reducida a un trámite ni a una formalidad previa a la faena de muleta. Es el momento esencial en el que se miden el poder, la entrega y la condición brava del animal. En Madrid, no debería concederse la vuelta al ruedo a un toro que no haya tomado, al menos, tres entradas al caballo, pues sin una pelea seria, entregada y creciente bajo el peto difícilmente puede hablarse de bravura en sentido pleno.

Ahí debe verse si el toro acude con prontitud, si empuja con los riñones, si mete la cara, si se crece bajo el castigo, si pelea con fijeza, si no se duele, si no busca la huida, si no sale suelto o cantando su mansedumbre. Un toro puede moverse mucho, repetir embestidas e incluso propiciar una faena vistosa, y no por ello ser bravo. Confundir movilidad con bravura es una de las grandes enfermedades de la tauromaquia contemporánea. Una vuelta al ruedo concedida sin una seria acreditación del toro en varas no engrandece el premio: lo desnaturaliza.

También es una afrenta para la ganadería de bravo. Durante siglos, los ganaderos han seleccionado el toro buscando un ideal complejo y difícil: trapío, poder, casta, acometividad, entrega y bravura. La vuelta al ruedo

debería representar la exaltación de ese trabajo ganadero. Pero si se premia a un animal que no pelea como bravo, que no se entrega en varas o que manifiesta mansedumbre, se degrada el criterio de selección. Se dice al ganadero que ya no es imprescindible criar toros bravos, sino toros que sirvan, que pasen o que acompañen el triunfo.

Esa confusión es letal. Porque cuando se rebaja el concepto de bravura, se rebaja también la exigencia al ganadero, al torero, a la autoridad y al público. Y una plaza que deja de exigir el toro bravo empieza, lentamente, a dejar de ser una plaza de toros en el sentido más profundo de la palabra.

Además, la vuelta al ruedo al toro no puede quedar al arbitrio de la emoción o del ambiente. El reglamento la reserva para supuestos excepcionales de bravura acreditada, y corresponde a la autoridad distinguir entre el clamor pasajero y el mérito verdadero del animal. No basta con que el público la pida, ni con que la tarde haya tomado vuelo artístico, ni con que el entusiasmo de los tendidos empuje en una determinada dirección. En Madrid, los premios deben sostenerse sobre la verdad de la lidia.

Presidir Las Ventas exige independencia, conocimiento y sentido de la responsabilidad. La presidencia no está para certificar estados de ánimo, sino para defender el valor de los premios cuando el ambiente amenaza con sustituir al criterio. Su deber no es agradar, sino preservar el respeto al reglamento y la categoría de una plaza cuya autoridad se construye precisamente desde el rigor.

Cada vuelta al ruedo indebidamente concedida deteriora el prestigio de la plaza de toros de Madrid. Madrid ha sido históricamente el lugar donde se examinan los toros, los toreros, los ganaderos y también las autoridades. Aquí los premios deben pesar. Aquí los pañuelos deben tener sentido. Aquí una vuelta al ruedo al toro debe significar algo muy serio. Si en Madrid se premia como bravo al que no lo fue, ¿qué queda entonces para las demás plazas?

El daño no termina en la tarde concreta. Queda escrito en las crónicas, en los historiales de las ganaderías y en la memoria confusa del público. Un toro manso premiado con la vuelta al ruedo pasa a figurar, injustamente, como ejemplo de bravura. Se construye así una mentira oficial que perjudica al aficionado, al ganadero serio, al toro verdaderamente bravo y a la propia Fiesta.

No se trata de negar la emoción. Al contrario: se trata de preservar la emoción verdadera. Porque la emoción de la tauromaquia nace de la verdad, no de la ficción. No hay verdad cuando se premia lo que no existió. No hay rigor cuando la mansedumbre se disfraza de bravura. No hay respeto al toro cuando se le otorga una gloria que no conquistó en la lidia.

MADRID NO PUEDE PERMITIRSE LA FRIVOLIDAD DE PREMIAR LA MANSEDUMBRE NI CONVERTIR LA VUELTA AL RUEDO EN UN PREMIO DE AMBIENTE, SIMPATÍA O CONVENIENCIA. CADA VEZ QUE ESO SUCEDE, NO SOLO SE EQUIVOCA UNA PRESIDENCIA: SE REBAJA LA AUTORIDAD DE LA PLAZA Y SE TRAICIONA LA VERDAD DEL TORO

Foto: Martín Cartaya

Paquirri en torerísima imagen tras estoquear al toro

La Asociación El Toro de Madrid ha defendido siempre que el toro es la razón de ser de la Fiesta. Pero defender al toro no consiste en aplaudirlo todo ni en conceder honores sin fundamento. Defender al toro es exigir que se le juzgue con seriedad, conocimiento y respeto a lo que realmente ha sido en el ruedo. Al toro bravo se le honra reconociendo su bravura. Al toro manso se le respeta diciendo la verdad.

Madrid no puede permitirse la frivolidad de premiar la mansedumbre ni convertir la vuelta al ruedo en un premio de ambiente, simpatía o conveniencia. Cada vez que eso sucede, no solo se equivoca una presidencia: se rebaja la autoridad de la plaza y se traiciona la verdad del toro.

La vuelta al ruedo al toro debe volver a ser lo que siempre debió ser: un reconocimiento excepcional, riguroso y profundamente serio a la bravura acreditada en todos los tercios y, de manera muy especial, en el de varas. Lo contrario no es generosidad. Es degradación.

Porque al toro bravo se le honra con justicia. Al toro manso, con verdad. Y a Madrid, con rigor.

Carlos Rodríguez-Villa Rey
Aficionado, presidente de la Asociación El Toro de Madrid

«Mientras más vengo a La Maestranza menos me gusta Las Ventas»

Dijo Rubén Amón.

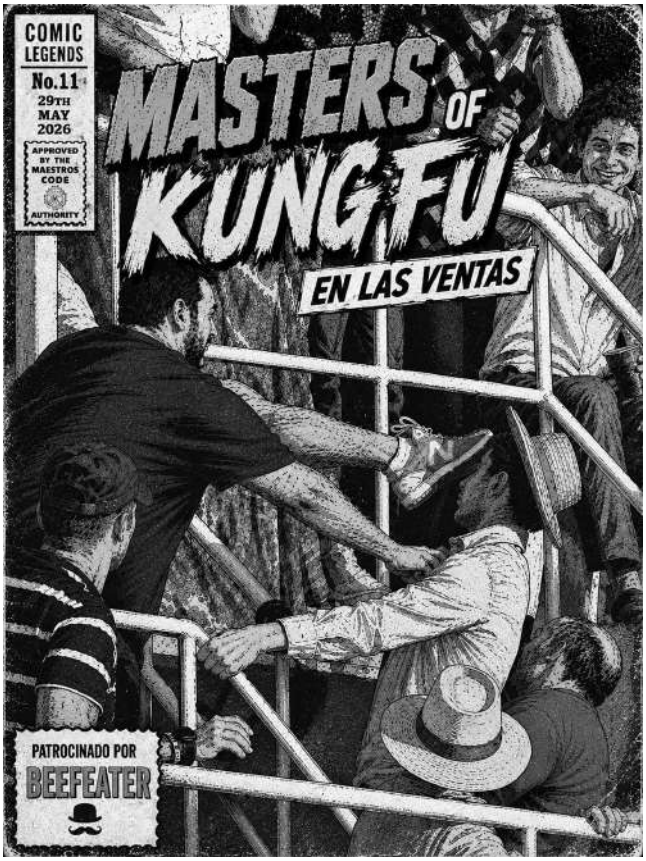
Las Ventas... Las Ventas con su irse hacia la plaza.

Venirse en coche a través del Madrid atascado de vuelta al hogar que, por unas dos horas, será un pedazo de piedra gris con un número pintado en negro. O acercarse en metro que, por un rato, deja de ser la patria del inmigrante para ser nación pasajera de españoles con almohadilla. O asomarse por la tele que, por seguro, será de mentira. Sea como sea, aproximarse a la plaza de toros de Madrid es irse despojando de lo cotidiano, desprenderse al bajar por la calle Alcalá de todo con lo que uno viste y reviste su existencia y llegar crudo, a ver si se abandona un poco esa cosa tan común de irse muriendo, o todo lo contrario, y travestirse a lo taurino para seguir muriendo un poco más. Ir a Las Ventas es una costumbre y, a la vez, está de moda.

Las Ventas con sus bares, en los que no se cabe.

Bares en los que estar dentro es esperar para el baño, y fuera es donde se puede estar hasta pasar a esperar para el baño. Porque el aficionado es alguien que espera. Esperan hasta los jóvenes que hacen cola en el Carrefour Express y lo han convertido en su bar, como la clase media ha hecho de Mercadona su restaurante de menú del día. El café con pestiños en Gómez resiste a la peste del gintonic. El olor a fritanga también persiste frente al aroma a sandía con hielo del vapeo. Igual que una repisa de madera con una lista de precios pegada con celofán, y una funda de plástico grasienta que pende de un clavo y guarda una imagen descolorida de Pepín Jiménez sobreviven al estilo colonizador minimal andalú de cenefas de azulejos y paredes de ladrillo desnudo sobre las que clavar una alcayata fotografiada de Julián. Todavía incluso se conoce a algún camarero por su nombre, pero tras las barras hay cada vez más extranjeros y esos pedazos de acero inoxidable, piedra o madera son las verdaderas fronteras.

> **Un reloj que no se detiene aunque toree el mejor escacharrador de la historia. Porque tiempo es lo que somos y lo experimentamos yendo a la plaza; hasta que, al lado, una adolescente vomitando ginebra nos devuelve a la fruslería de minutos y segundos convencionales, al tiempo perdido**



Autor: Ángel Antonio Sánchez-Carrillejo

Barras de bar, vertederos de pueblos. Por suerte, en el suelo todavía no hay servilletas de papel sobadas y pringosas que anuncian el cartel de una tarde. En el aire hay humo entre los recuerdos y se habla demasiado, pero siempre hay algún anciano que observa, callado, hasta que deja las monedas y se va, y con él un mundo sin datáfonos ni culerinas.

Las Ventas también con su explanada en derredor.

Ese gran vacío que cobra sentido cuando la boca del metro escupe gente que se cruza con la que se arroja desde cualquier calle. Personas y personas cruzándose, aunque muchas están predestinadas a no cruzarse. Se cruzan vidas en paralelo: las que van amargadas, pero con la ilusión de ver a los Reyes Magos, y las que van etílicas de felicidad, pero con la clarividencia de ver un triunfo. Todas van a ver morir a seis toros, seguro. Y por esa obviedad protestan los antitaurinos que, amparados por la policía estatal, prefieren manifestarse en la explanada antes que frente a un matadero. «¡Aguafrí-a-guafrí-a-guafría!» se le oye cantar a un tendero en la solanera mientras las puertas de la plaza engullen a la gente.

Las Ventas con sus pasillos, que se abarrotan.

Aún llenos de multitudes, uno se siente en el vacío, solo, como un forastero, hasta que se otea a un conocido y sube de golpe el calor de la muchedumbre

Aún llenos de multitudes, uno se siente en el vacío, solo, como un forastero, hasta que se otea a un conocido y sube de golpe el calor de la muchedumbre. El sol del oeste entra a los pasillos y resalta los desconchones de las paredes. La plaza casi se cae a pedazos, aunque de ella cuelgue un «no hay billetes». Casi nadie sabe dónde va y todos van igual. Nunca la masa fue tan indiferente. Se avanza entre la homogeneidad que da un país precario. Subir las escaleras hacia el tendido alto es como meter la cabeza entre pantalones expuestos en un outlet de la periferia. Las voces de «¡almohadillas pa' la piedra!» se las llevan borrachos de cubata al pecho. Orinar en los abrevaderos del 10 alto es recibir la salpicadura de alguien que desconoce lo de cargar la suerte. ¡Qué menos que, si caen sobre nuestra pernera gotas del orín de otro, sean de alguien que sepa qué es cargar la suerte! La cuartilla blanca del programa de mano se cuida o se pisotea, eso sí, con mocasines de borlas. En los pasillos todo pasa y lo que queda es posar. Posa el torero, posa el público y, entre poses y lenguas, se pierde la corrida.

Las Ventas con su reloj por el que se va el sol y muere la tarde.

Un reloj que no se detiene aunque toree el mejor escacharrador de la historia. Porque tiempo es lo que somos y lo experimentamos yendo a la plaza; hasta que, al lado, una adolescente vomitando ginebra nos devuelve a la fruslería de minutos y segundos convencionales, al tiempo perdido.

Así están Las Ventas con su esquizofrenia, que es la del españolejo hoy, entre el Estado que lo devora y una nación que se desangra.

Las Ventas con su Cazarrata y su *Ombú*. Con su Rosco y su Roberto Gómez. Con su Guarro y su Centro de Asuntos Taurinos. Con su sol de canillas al aire y su sombra de calcetines de perritos. Con su 7 y su callejón. Con sus llenos de andanadas despejadas y sus triunfos vacíos. Con su báscula que adelgaza a los caballos y engorda a los cuvillos. Con su «Gallito» de Lope y su discoteca. Con su chatarrero, siempre acompañado, y su vulcanólogo, siempre que su mecenas no toree en Jerez. Con sus pañuelos verdes y sus gintonics. Con su memoria y su amnesia. Con sus chubasqueros y sus paraguas, sí, paraguas. Con su ruido y su silencio importado. Con sus filias, a quien se entrega, y sus fobias, a quien no. Con su «del que lo hace cuando lo hace» y con su Fernando Adrián. Con sus toreros de Madrid y con Julián de San Blas. Con sus palmas de tango y sus vivaespañas. Con su palco real sin rey. Con su palco de rigor *mortis*. Con su muerte y su farsa, que lo es todo menos lo malo. Con su exigencia y su decadencia. Con su idiosincrasia que se pierde. Las Ventas con su afición a la que a veces le gustaría hacer de su entrada, pagada, una pistola y ¡pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Petardo!

Las Ventas hasta con sus Amones, que regurgitan paridas como la del título.

Las Ventas, una plaza que ya no es lo que era, lo que recordamos que era o lo que nos contaron, porque ya no puede serlo.

Las Ventas es, cada vez más, nostalgia de sí misma o una resaca. Por eso, mientras más vengo a Las Ventas, menos me gusta morirme... o leer a Amón.

Leopolderías
aficionado del 7 alto

Toros que pasaron a la historia

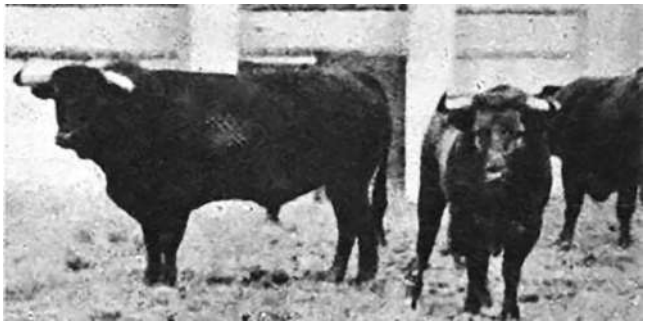
El premio del Ayuntamiento al toro más bravo de la feria (II)

En este caso, continuando con la serie, nos remontamos al domingo 13 de mayo de 1951, los toros fueron de **José Luis y Hdros. de Felipe de Pablo Romero.** Para lidiarlos y estoquearlos se anunciaron Rafael Llorente, Paco Muñoz y Manolo dos Santos. Y al igual que el año anterior fue de nuevo el torero portugués **Manolo dos Santos** el que estoqueó el que a la postre fue el toro premiado de aquella Feria de San Isidro de 1951, que ya contaba con once festejos, jugado en sexto lugar, de nombre ***Rizador,*** marcado a fuego con el número 25.

El toro esmirriado de la posguerra iba quedando atrás en aquella década de los 50 en un progreso lógico y natural después de la contienda fratricida y las miserias posteriores. Se empezaban a ver en Las Ventas corridas más serias a la par que el aficionado también demandaba un ganado que impusiera respeto, si bien, es más destacable la bravura y la casta rústica y natural de aquellos años que el trapío y el cuajo que lucían, entre otras cosas, ni siquiera se conocía la edad de los animales con certeza. Los toros no estaban tan moldeados como ahora, eran más brutotes, con mucha movilidad y con una embestida imperfecta, en el caso de Pablo Romero habitualmente a media altura. Como se pueden imaginar, aquellos animales carecían de la nobleza de ahora que permite hacer faenas interminables sin que los toros se resabien.

La ganadería de Pablo Romero, en aquel tiempo en manos de José Luis de Pablo Romero, siempre fue muy apreciada por los aficionados venteños debido a varias razones. Por ejemplo, la belleza y el trapío excelente de estos toros en una época, como decimos, de vacas flacas. Era un toro que frecuentemente se empleaba con bravura y alegría en todos los tercios, lo que satisfacía enormemente a los aficionados, a pesar de una embestida imperfecta que no se ponderaba ni se demandaba como hogaño. Además, José Luis de Pablo Romero había tenido enfrentamientos muy serios con el apoderado de Manolete, el conocido Camará, puesto que se había negado a tocarle los pitones a los Pablo Romero para que el diestro de Córdoba se anunciara con ellos, lo

Manolo Dos Santos con Rizador



Los Pablo Romero de aquella tarde en los corrales

que derivó en un veto contra la vacada andaluza, que incluso tuvo que mandar algunas reses al matadero por no encontrar salidas comerciales y negarse a cumplir con las exigencias de *Camará.* Como se pueden imaginar, gran parte de los aficionados se posicionaron a favor de la honradez y la integridad del señor José Luis de Pablo Romero que se opuso en todo momento a tocarle los pitones a sus toros.

En el caso que nos ocupa, el toro *Rizador* no fue el único de una corrida de muchísimo nivel, y hubo más toros susceptibles de haber sido premiados. Sobre el conjunto, en las páginas de El Ruedo, podemos leer: "Pues si por su trapío y su seriedad hubieron de conquistar previamente en la Venta del Batán la máxima admiración luego, en el ruedo, el entusiasmo del público subió de tono ante la bravura de los bichos". En cuanto al juego que ofreció nuestro protagonista, Areva reseña: "El sexto, *Rizador,* número 25, cárdeno, **recibió cinco varas en el mismo tercio,** como casi todos los hermanos, y llegó a la muleta con arrancada larga, alegre y templada". El director de la revista en ese momento, Manuel Casanova, acerca de esta corrida afirmaba: "De los Pablo Romero solamente hubo uno peligroso: el primero, que se vencía mucho por el lado derecho. Hubo, en cambio, dos toros magníficos: el cuarto y el sexto, siquiera casi todos humillasen poco y embistiesen con la cara alta".

En cuando a la faena del torero portugués, la valoración que hizo el crítico de El Ruedo fue la siguiente: "De la primera corrida de la Feria, no queda en el recuerdo de los aficionados, sino la presencia, el trapío, de los toros de Pablo Romero y la faena que realizó en el sexto el torero portugués Manolo dos Santos. Si Dos Santos la realiza en el tercero, o la corrida se hubiera medio enderezado antes, es seguro que el premio que se hubiese otorgado hubiera sido más amplio". Sobre el broche de la faena y lo sucedido después, añade: "Dejó una estocada de la que rodó el bravo animal sin puntilla. Y entonces se dio el caso curioso de que una labor jaleada mientras la estaba ejecutando, y bien y prontamente rematada, se discutiera luego, y mientras unos espectadores pedían insistentemente que se le concediera a Dos Santos la oreja, otros le negaban autorización para que diera la vuelta al ruedo. En tales dudas, que no se resolvieron en ningún

Foto: J. Alvarado

Ejemplar de Pablo Romero jugado este San Isidro

sentido, Dos Santos abandonó la Plaza entre aplausos y los espectadores entre discusiones".

Y es que como venía a decir el gran Fernández Salcedo, cuando sale un toro bravo de veras la faena es discutida porque siempre, para muchos aficionados, queda la sensación de que el torero podía hacer más. Esto sucedía hace setenta y cinco años y sigue sucediendo hoy.

Esta ha sido la historia de *Rizador,* "toro de azulejo", que es el dicho típico madrileño y no "toro de vacas", como dicen e insisten muchos en redes en estos tiempos, lo que a nuestro juicio nos resulta una expresión grotesca con vientos del sur. En cualquier caso, no poder hacer otra cosa que alegrarnos enormemente porque los toros de Pablo Romero continúan lidiándose en las plazas de España y Francia, con buenos resultados y una mejoría notable respecto a décadas pasadas, gracias al trabajo de sus actuales propietarios y a la generosidad de la familia de Pablo Romero que, con más de cien años administrándola, tuvo a bien vender la vacada en su momento en vez de acabar con la estirpe una vez que la familia no iba continuar con ella. Mandarla al matadero antes que verla en otras manos es lo que, desgraciadamente, hubieran hecho muchos otros ganaderos.

Pedro del Cerro
Aficionado, socio de El Toro de Madrid

El espejo de la finitud

Cuando vamos a los toros, la muerte está presente. Presente en el óbito seguro: el del toro, el del único que no ha pedido estar allí. Esta presencia es certera; es directora y motivadora de todo el rito. Todos los presentes en la plaza la conocemos y, de tan ínsita como está en la Fiesta, en ocasiones no la valoramos en toda su dimensión.

La muerte también está presente con respecto a los de luces, los héroes de la tragedia. Dicha presencia, en este caso, tiene varias maneras de manifestarse. Hay una presencia azarosa que flota en el ambiente (un tropiezo, un mal gesto, una mirada del toro); la muerte está allí. Otra presencia mucho más enriquecedora, viva y ejemplar es la del hombre que expone su vida sin tapujos ni ventaja alguna ante un animal fiero que amenaza con total nitidez su propia existencia. Esta presencia nos confronta con nuestras propias actitudes a la hora de entender nuestro ser y afrontar la vida. ¡Cuánto se puede aprender del que es capaz de exponer su vida ante una idea, valor o causa —en este caso, el toro— que merezca la pena! Es lo que llaman la trascendencia. El torero nos recuerda que hay realidades superiores al yo por las que vale la pena luchar, aun a riesgo de exponer la propia vida y, sobre todo, teniendo en cuenta al otro y dignificando al máximo la vida y la muerte de ese otro, que para el matador no es sino el toro.

Da para reflexionar que aquello a lo que, al menos yo, llamo «la verdad» del toreo lleva implícita la posibilidad más cercana de la muerte: la donación de la vida del propio ser humano, a riesgo de perderla, para honrar la del animal al que veneramos. De esta manera, cuanto más se busca la verdad en el toreo, más se cruzan líneas donde la evidencia de la posibilidad de la muerte se hace palpable.

A mi juicio, una tercera presencia de la muerte en la corrida de toros se hace evidente en nuestra propia existencia. La representación litúrgica en el umbral de la vida y la muerte que constituye la corrida de toros nos hace ahondar en la realidad finita de nuestras vidas. Pero, aún más, lo vivido en el ruedo puede llegar a ser una especie de reflejo especular que incita a la reflexión sobre la vida de uno y su relación con la muerte, la propia y la de nuestros seres queridos.

Desde el inicio de los tiempos, el hombre ha observado la naturaleza como ejemplo de perfección en casi todos los ámbitos del pensamiento. De la misma manera que un ingeniero en estructuras considera una tela de araña como una de las construcciones más increíbles a imitar por su ligereza y su resistencia, o un bioquímico considera a la proteína como la máquina más perfecta jamás creada, o tantas y tantas corrientes artísticas se han desarrollado imitando a la naturaleza; de esta misma forma, el toro bravo, en los escasos minutos de presencia en el ruedo, es capaz de mostrar de manera traslúcida su naturaleza y dicta la verdad de lo que es como ser vivo, su animalidad, especialmente en el momento de su muerte. ¡Cuántos de nosotros soñamos con morir con la dignidad —permita el lector el antropomorfismo— con la que lo hace el toro bravo, luchando por ser lo que somos en nuestra esencia más íntima!

Alberto González Ramírez
Aficionado, miembro de la Asociación El Toro Madrid

El ayer y el hoy en el mundo de los Toros

Las Ventas, ¡qué pena de plaza!

Cuando se habla tanto ahora entre los "sabios" taurinos de la necesidad de la evolución de la fiesta, siempre conviene recordar de la mano de la historia de dónde vienen algunas prácticas que hoy se han convertido en axiomas absolutos y constituyen el fielato y la medida de los triunfos en las plazas. Me refiero al corte de los apéndices, llaves maestras para abrir las Puertas Grandes de nuestros cosos. Como conocen muchos aficionados, a finales del siglo XVIII y a lo largo del XIX, cuando era considerada una lidia de triunfo al torero, se le daba la oreja cortada para que luego al final de la corrida, fuera al matadero de la plaza a pedir la carne del toro con la que comerciaría después; más adelante los empresarios compensaron esa oreja con una onza de oro y se quedaron con los despojos del toro, pues les era más rentable; algo que no aprobaron los toreros. Si nos referimos a Madrid, la primera oreja cortada fue el 29 de octubre de 1876 al toro *Medias Negras* de Benjumea por el torero Chicorro, pero sin ningún viso de seriedad ni con idea de permanencia. Las dos siguientes se otorgarían en la llamada Corrida Patriótica celebrada el 12 de mayo de 1898, por la faena de Cacheta al toro *Calero*; en 1901 se le otorgaría a Paco de los peros, por su despedida de Madrid, en tono bufo y sin ninguna seriedad.

La primera oreja "seria" cortada como símbolo de triunfo grande será en 1910 al toro *Carbonero* de Concha y Sierra, por el madrileño Vicente Pastor. Pronto surgiría la polémica en la prensa de la época, tal y como escribía el cronista de ABC Manuel Serrano *Dulzuras* "*... lo malo será si el honor se prodiga sin motivo en tardes sucesivas, como pasa con todas las cosas cuando hay un precedente...*" qué diría si hoy levantara la cabeza y viera el triunfalismo orejil que nos invade. Después, la segunda oreja se concedería el 17 de mayo de 1911, al triunfador Machaquito**,** frente al miura *Zapatero*. La tercera la consiguió Bombita el 14 abril de 1912 por su actuación con el toro *Judío*, de Santa Coloma. Y así hasta hoy. Lo que era un honor, hoy se ha convertido en una costumbre maligna y de facilona obtención. El mejor ejemplo es nuestra plaza de toros de Las Ventas. Con la trampa argumentativa de que la Fiesta necesita triunfos mediáticos para su vigencia y ante el peligro de que los públicos insatisfechos abandonen las plazas; las orejas serían el estímulo que anima a seguir pasando por taquilla y que "esta fiesta" se mantenga. ¿Qué fiesta? ¿La de la superficialidad y el destoreo, sin suerte de varas, con espadazos infames a la hora de matar, avisos a diario, ante toros dóciles y descastados que pide un público fiestero y presidentes sin exigencia ni afición las conceden, o la fiesta íntegra que exige lidia a toros encastados y con trapío a los que los posturitas de pitiminí de la figura de turno no quieren ver en la plaza?

Por desgracia esta segunda versión de la fiesta parece que no va con los tiempos ni se ajusta a la "evolución moderna" que quieren empresarios y taurinos para hacer negocio. Si además en Madrid, con cortar una oreja en cada toro de su lote el torero abre la Puerta Grande, se culmina el desprestigio. Estamos viendo en este San Isidro, y cuando escribo este artículo todavía queda mucha feria, vergonzosas puertas grandes, más bien puertitas, como la de Talavante del 8 de mayo abierta por la concesión de la segunda oreja que se da bajo criterio presidencial, sin haber existido ni uno solo de los requisitos que ordena el artículo 82 del reglamento vigente aconsejado por un asesor pagado por la empresa presuntamente en connivencia interesada, mulilleros que retrasan el tiro de las mulas, ¿esperando qué? Otras sin petición mayoritaria, con bajonazos saineteros, como la primera al novillero Julio Norte, o la de Fernando Adrián el día del Patrón tras dos faenas no merecedoras de orejas y matar muy mal a su primero; se me dirá que la gente festivalera las pidió pero sobre todo en el primero no hubo mayoría y sí muchas protestas. De todas ellas al salir, según llegamos al Metro de Ventas ya nos hemos olvidado. Tampoco creo que a dichos toreros les reporte muchos contratos pues si los tienen es porque les apoderan las casas mandonas del taurinismo. A mí, un despojo más o menos, me da igual; Curro Romero en cuanto lo cogía en su mano se lo daba rápido al peón de turno, pero el problema de fondo es el desprestigio que ello supone para la plaza de Madrid que debe ser y seguir siendo, la referencia de exigencia y verdad en el mundo taurómaco. Invadida por un público, vociferante que entra en la plaza con el cubata en la mano, ignorante del rito y de la importancia y significado de esa Puerta Grande, airean como locos pañoladas blancas e insultan a quienes protestan; si hay mayoría, el presidente debe concederla, pero cuidado, cuente mejor los pañuelos y no se deje influir por asesores interesados y presiones espurias.

Por todo ello**, habría que exigir que en Madrid para abrir esa gloriosa puerta se corten dos orejas en un toro y otra en el otro de su lote.** Sevilla tiene esos códigos, ¿acaso en Madrid se debe exigir menos?, y que no se nos diga que en Las Ventas es más difícil cortar una oreja, eso sería antes. Ahora tal y como está el cotarro taurino y el pésimo criterio presidencial que solo parece favorecer los intereses de los profesionales, cortar una oreja en Madrid está "chupao" como dicen los castizos. El exceso de orejas y puertas grandes no será lo que salve la fiesta, sino la verdad y la seriedad de los criterios reglamentarios, el toro íntegro que da emoción y el torero que se enfrente a él sin trampas ni ventajistas postureros, es decir, el destoreo. Nuestra asociación ha reclamado por escrito a las instituciones responsables, que se aparte del equipo presidencial a los señores Fernandez Serrano y Rodríguez San Román, por su *"incapacidad manifiesta para defender la categoría, el rigor y la seriedad que exige la primera plaza del mundo..."*, como ejemplo la actuación de este último el pasado 24 de mayo.

En ese camino estamos, abrir esas puertas grandes devaluadas no conceden prestigio cuando se abren sin mérito ni grandeza, rutina mediocre. Madrid y su historia, se merecen un respeto; si queremos mantener el valor épico y ético de la fiesta, única legitimidad de supervivencia, los premios deberán concederse bajo criterios de verdadero mérito y en justicia; hoy al generalizarse han dejado de tener valor y no significan nada. Díaz- Cañabate escribió: ***«La concesión de tantas orejas ha perjudicado notablemente a la Fiesta... Diremos, que el mucho correr de una moneda la desgasta y desprecia..."*,** ese desgaste y desprecio lo sufre hoy nuestra plaza. **DEP**

Yolanda Fernández Fernández-Cuesta
socia de El Toro de Madrid